



## BAÑO DE SANGRE

(De «Pravda», Moscú.)

FRANCO.—¿Los señores quieren secarse?...

MUSSOLINI.—¡Más!... ¡Un ratito más!...

¿Verdad, Adolfo?...

Ayuntamiento de Madrid



# Fascismo en la salsa



1. Un periodista inglés visita al «duce» para convencerse de que en Italia se siente verdaderamente el fascio.



2. El «duce» le dice que en Italia todos los italianos son fascistas antes de salir del claustro materno. Y para demostrárselo hace subir a cuatro transeúntes.



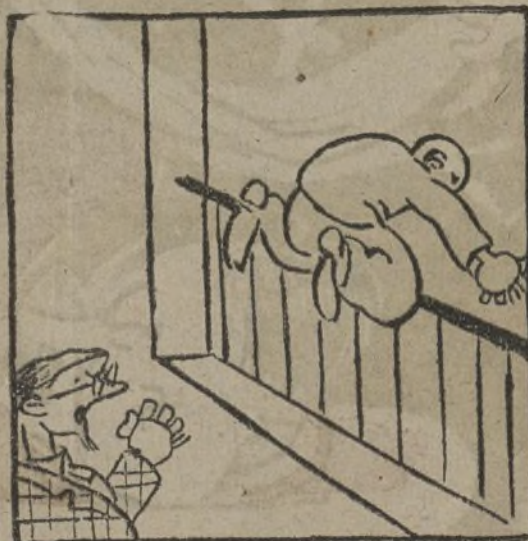
3. Delante del periodista les pregunta si ellos darían su vida por el fascio. Todos responden unánimemente que sí.



4. El «duce» pide a uno que se tire por el balcón, lo que efectúa ante el asombro del periodista.



5. El periodista contempla desde el balcón el pobre despojo del despanzurrado italiano.



6. El segundo ejecuta aún con mayor rapidez la orden del «duce», tirándose por el balcón con verdadera furia.



7. Y el tercero, idem, idem, idem...

(Dibujos de Peinador, Texto, Albuin.)



8. Ante la actitud del cuarto, el periodista intenta detenerle, pues se encuentra perfectamente convencido.



9. Y el italiano le dice al periodista al oído: «Déjeme! Prefiero tirarme por el balcón a seguir viviendo con este tipo».



Trimestre .....	3,75 pesetas
Semestre .....	6,25 —
Año .....	12,00 —

## EDITORIALAZO

# Revolución racial; cuanto más racial, mejor

Completamente de acuerdo con eso de la revolución racial. ¡Qué tío el que lo ha inventado! ¡Sí, señor! Revolución racial; cuanto más racial, mejor.

Porque se ha estado engañando al pueblo de una manera indecorosa. Nos han venido con que si Marx, con que si la Comuna de París..., y dale con Rusia y con la experiencia y qué sé yo. Nada, nada; ¡revolución racial! Un redactor de estos que tenemos aquí me ha dicho que Hitler y Mussolini hablan también de esto. Bueno, ¿y qué? ¿O es que se quiere comparar lo del fascismo con nuestra revolución?

Vamos por partes. NO VEAS dice que no se pueden aceptar revoluciones parecidas a las de otros países por la misma razón que si usted va y se compra una cazadora verde, no van a imitarle todos los ciudadanos. (¡Vaya argumentazo!) Nuestra revolución es una cosa propia. En último caso, conviene que los que no estén conformes nos aclaren algunos detalles.

Por ejemplo: ¿había incontrolados en la Comuna de Pa-

ris?  
¿Se po-  
dían co-  
brar las ca-  
sas de Moscú?  
¿Qué valía un  
buen carnet en  
Rusia? ¡A ver si nos  
entendemos! Porque no  
vaya a resultar que imita-  
mos unas revoluciones en  
las que ni había un mal piso  
incautado ni se podían controlar  
autos medianamente presentables.  
¿Pero qué clase de revoluciones eran  
ésas?

La nuestra es racial, y a mucha honra. Racialísima. ¿Que qué quiere decir? Pues eso: que la raza se pone fuerte y gorda a base de lo que es verdaderamente revolucionario. No, no hay lío. Está más claro que el vino de Queipo. A base de colectivizaciones a cacharrazos, buenas rentas y alguna incautación de tarde en tarde (o sea, todas las tardes).

¡Viva la raza! Palabra de honor que si viviera Fernando el Católico le dejaríamos en Fernando, le daríamos un buen carnet y escribiría alguna cosita sobre ese horrible proyecto del Partido Unico. ¡Ole el salero ultrasuperrevolucionario de la raza! Todos nuestros valores raciales están en pie: Doña Isabel, Cristóbal Colón, Diego Corrientes y Trotsky. ¡Conque adelante! Y el que no quiera revolución racial, que sacuda a los fascistas españoles y extranjeros, que son muchísimo más raciales que nosotros.





# El juicio contra don ZENEN EL TERRIBLE "MARXISTA" QUE LEÍA EL

Los fascistas se habían apoderado del pueblo. La vanguardia «nacionalista»—los rifeños—entraron a saco. Aquí cojo una máquina de escribir; allí, un par de gallinas; en este otro lado, un aparato de radio; más arriba, un gramófono; en aquella otra casa, un reloj, etc. Y mientras ellos establecían un improvisado zoco para convertir en dinero el botín, la retaguardia «nacionalista», los chicos de Falange, se dedicaron a las tareas propias de ellos: limpiar a tiros la retaguardia.

A la escuadra fascista servía de gastador un señorito del pueblo. El era quien indicaba contra quiénes debían actuar. Procedían con los detenidos según la categoría de éstos. Si eran modestos obreros, ni hablar: se les fusilaba junto a la tapia de su propio corralillo; pero si el «marxista» era una persona de viso en el pueblo, entonces se le hacía comparecer ante el Tribunal, con el fin de dar solemnidad a su ejecución. Entre los de este apartado estaba el pobre don Zenén. Lo detuvieron en su casa y lo condujeron ante el Tribunal. Este estaba constituido por un moro, un italiano, un alemán, un portugués y el cacique de turno. Actuaba de acusador el cura.

—¿De qué se acusa a este «marxista»?—preguntó el alemán, que presidía.

—De ser un formidable extremista.

—¿Pruebas?

—Aquí las tiene el Tribunal. Suscriptor del «Heraldo»...—dijo el cura, santiguándose. Todos los tribunales movieron la cabeza, consternados.

No iban a tener más remedio que condenar...

—Se le han encontrado en la casa libros de Ortega y Gasset, de Pérez de Ayala, de Marañón, de estos tres pecadores que se denominaron a sí mismos el año 31 «servidores de la República». También se le encontró un libro del general Queipo de Llano, cuando la sublevación de Jaca...

—Es suficiente—dijo el italiano.

—No, señores del Tribunal. Aún hay más. Cuando llegaba la época de las labores daba a los obreros el jornal que éstos pedían, sin discutirlo ni regatearlo. Esto era sencillamente insoportable: ponía en evidencia a los otros pobres patronos que no podían pagar más de dos pesetas al día, porque, si no, no les quedaba para comprar un cortijo cada año...

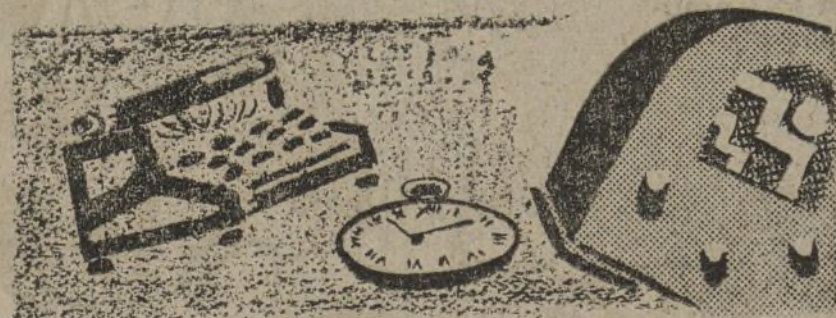
Los dignos señores del Tribunal crispaban los puños, indignados. Vociferaban cada uno en su idioma. El dete-



nido era un extremista peligroso. Pagar más de dos pesetas de jornal, para un patrono es un delito que los otros no perdonan. Pero el buen cura no se detuvo ahí en sus acusaciones. Solemnemente, con aire triunfador y mostrando una moneda de dos kopekes, gritaba:

—Aunque no hay temor de que el Tribunal pueda achacar a buenos sentimientos, a desprendimiento generoso, esta actuación del detenido, bueno es que se sepa que este desdichado era un agente ruso, que si daba más jornal que los otros patronos era porque tenía su compensación en el oro que recibía de Moscú. Aquí está, señores del Tribunal, la prueba de mi acusación—y con un gesto olímpico arrojó la pequeña moneda de bronce sobre la mesa del Tribunal.

Los jueces la miraron sin tocarla. Aquello podía ser



contagioso. No había duda. El pobre don Zenén fue condenado a muerte.

\*\*\*

Aquella noche, una hiena borracha con figura de persona daba la noticia por el micrófono de Radio Sevilla, instalado en un reservado de la taberna de la esquina de Capitanía:

«El Ejército salvador ha ocupado hoy un nuevo pueblo. Un hecho ha venido a demostrarnos, por si ya no estuviéramos suficientemente convencidos, de la participación de Rusia en la criminal intentona marxista que nosotros estamos aplastando. En un registro hecho en el domicilio de un conocido marxista se han encontrado grandes monedas de oro del Gobierno de Moscú.»

Después de esto, el «speaker» se bebió una copa, se limpió la boca con el dorso de la mano, se agarró a una mesita que tenía cerca y siguió hablando... de la «calleja marxista».

EDIL





# El dill... ALFARAZ





## PROPAGANDA FASCISTA UN PROPIO AL QUE TENDREMOS QUE FUSILAR

Estoy con un antiguo húsar de Pavía que se ha pasado a nuestras filas para ver a una niñera, novia suya, y con un observador inglés. De improvisto, la Aviación del crimen, que viene estos casos, y en el que se

hoy con las del «beris», revolotea por encima de nuestras líneas, tirándonos bombas como camiones. Pero uno de los comisarios saca el letrero que tenemos para



puede leer desde gran altura: «Aquí no hay niños.» Inmediatamente, los aviadores fascistas nos envían un propio alemán para decirnos que perdonemos. Fusilamos al propio y seguimos nuestra siesta.

En vista de ello, los émulos de Herodes comienzan a arrojar propaganda, para ver si transforman nuestros perversos instintos. Primero caen unas octavillas, en las que se nos asegura que no tenemos idea de lo que es el matrimonio y que somos unos tíos tiraos, porque nos casamos por las esquinas al precio de 0,25 de un sello móvil. A continuación se nos dice en otro pergamino que Goering y Goebels preferirían ver a sus esposos antes muertos que deshonrados. Los muchachos se enternecen y de algunos pechos salen suspiros. Otro de los aviadores nos arroja, envuelta en un ladrillo, una nueva proclama en la que se leen estos versos conmovedores: «La maté porque era mía,—y si cien veces naciera,—cien veces la

mataría.» Un antiguo pescador de ballenas que lucha en los «Leones Rojos» se acerca a mí, y con voz trémula me asegura que se va a cargar a su padre, por si las moscas. Unánimemente coincidimos en que peor es lo de Garabitas, y, sin embargo, no han entrado en Madrid.

Vuelven los aviones, ue han ido a cargar más propaganda, y nos arrojan los nueve tomos de «Amor de esposa y corazón de madre». Por radio nos preguntan qué ha sido del propio y nos prometen tirarnos «La portera de la fábrica», a condición de que les enviemos algún número de NO VEAS.

La consternación en la trinchera es general (con mando de división). Al primer capítulo de «Amor de esposa, etc., etc...», hemos comprendido todos que somos unos disolutos que sólo merecen el desprecio de las gentes de bien, y volvemos a fusilar al propio.

Un sargento de dinamiteros, de cuyo arrojo todos se hacen lenguas, por hacerse algo, viene hacia mí y me dice:

—Popeye: soy el hombre



más malvado de la tierra. Soy un miserable. El otro día puse mis ojos en una de las ametralladoras de Negresco que sufría avería. Antes, siempre le deseaba feliz noche a mi vecina, la del cuarto izquierda, que por mi culpa se tuvo que mudar al principal.

Por las mejillas del arro-

jado dinamitero rueda una lágrima. Un suboficial de Asalto se acerca a nosotros y nos asegura que jamás volverá a viajar en la plataforma de un tranvía.

En vista de todo esto, cogemos al propio y lo fusilamos.

Trincheras de Chicote, a los cuatro whiskys de 1996.



# "LA FLETA"

## CRONICA GUERRA por POPEYE

KARO  
TA



# Curioso proyecto de los generales traidores

(Conversación sorprendida por un colaborador nuestro.)

Conocida es de todos la escasez de hombres que padecen los facciosos. Ni con falangistas, requetés, legionarios, moros, cabezas cuadradas, «macarronis», irlandeses, portugueses y otros han logrado componer unas cuantas divisiones.

La preocupación se ha adueñado de los «cacahuets» del «führer» de dublé y del «speaker» cotorrón. (No decimos cerebros, porque ese par de guardacantones, igual que la demás comparsa, carecen de él.) Y sentados ambos a una mesa adornada con flores y repleta de

para servir al Borbón hasta a los viejos de ciento tres años, y sólo se han presentado dos de éstos. Me acabo de enterar de que mayores de esa edad no los hay actualmente. Hemos de abandonar la idea de los reservistas. Además, tan viejos, no me sirven para nada.

Queipo. — Se comprende. Bebe otra copa y deja quieto ese capullo.

—Las flores son para acariciarlas. Pues sí, por el lado contrario, ¡ay!, nos va a suceder lo mismo. Hemos adelantado las quintas de



vinos olorosos, hablaron así:

Franco. — ¡Que sí!

Que ya hemos llamado

1957, 58, 59, y ya los últimos soldados han venido en brazos de sus madres. Son niños de pecho. Mientras fueron de quince, trece, diez, hasta de ocho años, las cosas no fueron mal del todo. En vez de un patinete, les dimos un fusil ametrallador; pero ya los chicos de cinco años empiezan a dar escaso rendimiento. Y temo mucho que los de dos y un año se nos pongan a llorar en las trincheras y perdamos por ellos la guerra.

—Bebe otra vez, muchacho, que todo eso lo tengo yo rumiado hace un rato largo y tendido; pero no lo puedo cacarear por radio, y entre copa y copa me dedico a anunciar criminales bombardeos.

—Me alegro que hayamos coincidido. Y, anticipándome, acabo de avisar al muy sabio Marañón para lo que pronto sabrás. Debe de estar al caer.

Cinco minutos después, el renegado doctor llegaba al cuartel, donde había de entrevistarse con los dos héroes de tacheta y folletín. Llevado a presencia de ambos, fué de este modo interrogado:

Franco. — ¿Tú eres más faccioso que médico, o más médico que faccioso?

Marañón. — Siempre más faccioso, mi generalísimo.

Queipo. — ¡Ah, créame!

F. — Se trata de que tú, con tu sabiduría facciosa, nos saques de un apuro. Según me dijo anoche un

chacho alemán, rubito, acaso pudieran obtenerse seres humanos por medio de cámaras incubadoras, capaces de batallar. La mujer, para alumbrar un hijo, tarda nueve meses. Si fuese cosa de unas horas, como un laxante, se la podría esparar. Y hacer los experimentos de desarrollo rápido sobre los niños recién nacidos. Pero como ello no es posible, creo que debemos prescindir de la mujer. ¿Qué te parece, Marañón?... ¿Qué aviejado te encuentro! Ese lunar no le tenías antes del 18 de julio.

M. — No sé qué decir, mi generalísimo. El embrión... claro; pero el germen de la vida, al recibir la corriente de aire, muere. Si pudiéramos encerrar los embriones directamente en enormes tubos de ensayo, sometidos constantemente a temperaturas muy elevadas...

Q. — O en alcohol.

F. — Según ese amigo alemán y colorado, la hembra siempre es parca en el alumbramiento. Nunca ha



parido más de tres o cuatro chicos, a mucho tirar. Así no se puede hacer la guerra. Las mujeres no tienen conciencia de sus deberes. Paren a gotas, y nosotros los necesitamos a torrentes. En fin, a ver si logras convertir los millones de espermatozoos en seres-máquinas, aunque no sean pensantes.

M. — En el caso de que se lograra, serían filamentosos y raquíticos.

Q. — No importa. Con dos vasos de vino se pondrían como yo...

... Y no veas! ¡Para qué voy a seguir contando!

S. MACHO  
(Espía de afición)



Dibujos de  
Méndez

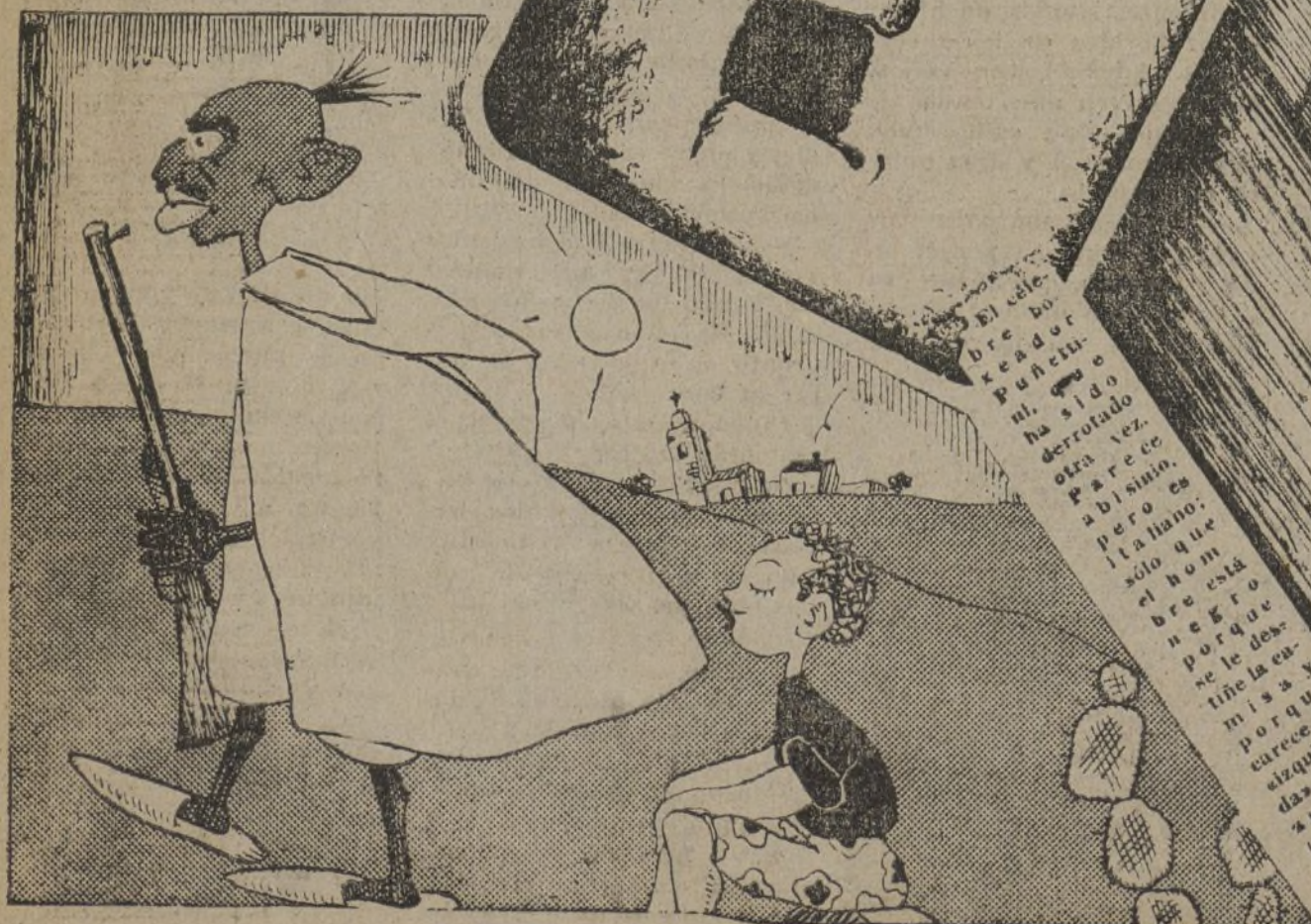
# Como anda el mundo.



Del concurso de belleza y dulzura en La Haya. Miss Candor, elegida primer premio por unanimidad. (Foto CAFE EXPRESS)

Vista parcial del furioso Hitler, que según se dice, acaba de escribir un libro titulado «Racismo viene de «razas», o destrucción integral», y que está siendo muy elogiado por los animales de Franko y Oliveira. (Fotos DOS)

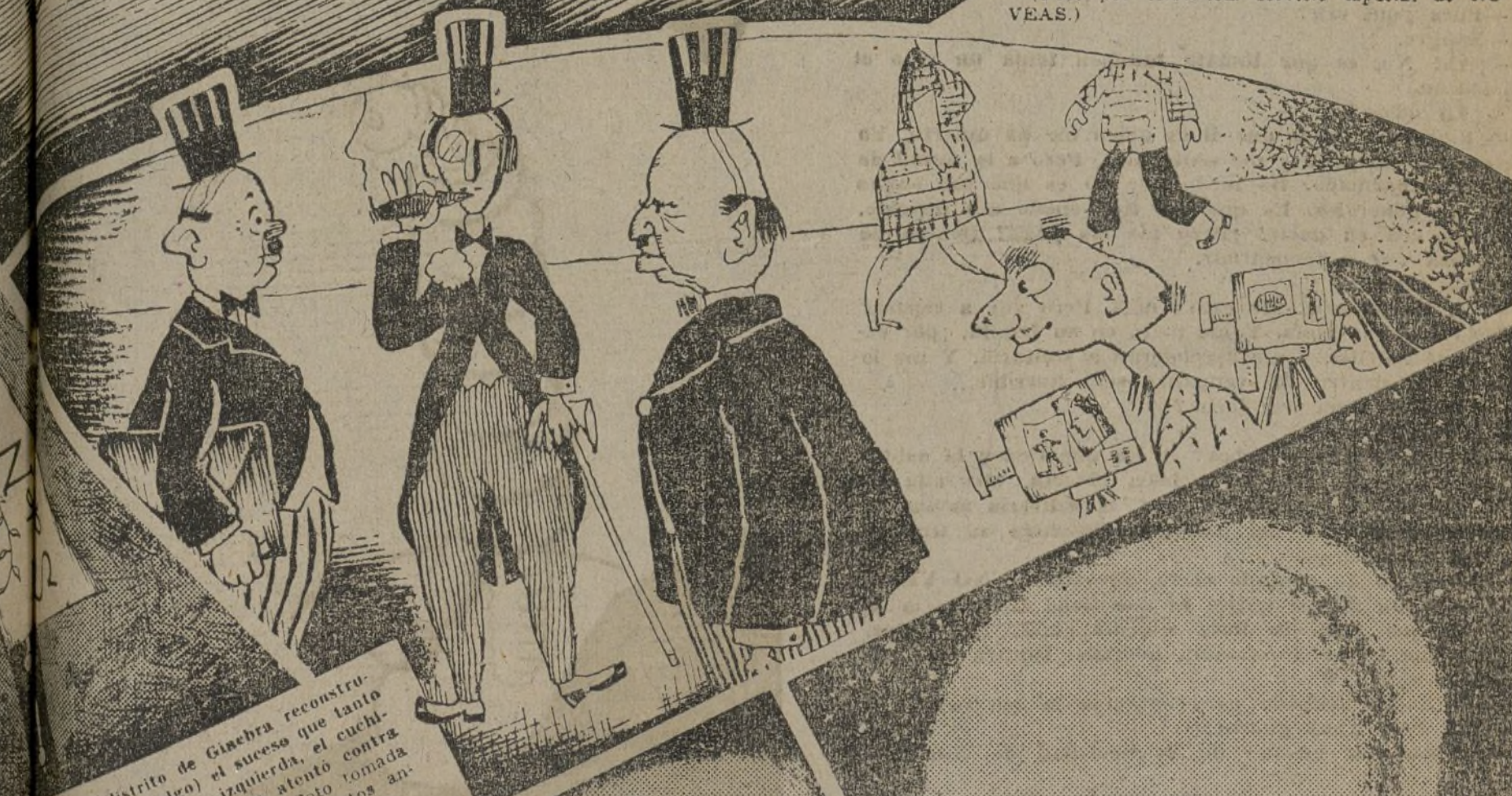
El moro Muza, colonizador de España a las órdenes de los «civilizadores» Hitler y Mussolini.



El colorido buxoador Perfecto mi, que o ha sido derrotado otra vez. Parece abisinio. Pero es solo el hombre negro que se le desahoga porque parece de raza para dar zumbar. (Foto por televisión especial de NO MEAS.)



Momento de llegar a la meta el caballo ganador en las carreras que ayer se celebraron en Londres. El Comité de no intervención presenciaba el espectáculo en el lugar indicado por la estrella, que es el sitio que le coge a prudente distancia de todos los acontecimientos. (Foto por televisión, servicio especial de NO MEAS.)



El distrito de Ginestra reconstruido por reconstruir algo) el suceso que tanto se ha hablado que hablar. A la izquierda, el cuchillo de Juan Pueblo Español. (Foto tomada por nuestro corresponsal gráfico morientes ante de que se lo cargara el lio ese del puro.)



Benito Mussolini, que cree que el porvenir le sonría. Pero no le sonría nada. (Foto tomada por televisión especial de NO MEAS.)

Curioso aparato inventado por el profesor Cabreño, que calcula al centímetro los hectolitros de vino que consume un Kelpo al día. (Foto MEO.)



# PERIODISMO ESPIRITISTA INTERVIÚ CON EL ALMA DE UN GUSANO

Me sentí en trance. Agarré el velador y me lo llevé a un rincón solitario. El velador echó a andar solo, se fué adonde estaba el camarero, pagó mi café y volvió adonde yo estaba. Todo esto eran síntomas.

—¿Quién eres?—pregunté con los ojos vueltos.

—El gusano que se comió a Sanjurjo—dijo dando tres golpes en el velador.

Tenía la forma de un fideo entrefino. En lugar de sábana, se envolvía en la funda de una mecha de encendedor.

—¿Qué quieres?—volví a preguntar.

—Hacerte una pregunta. ¿Por qué en el número anterior de NO VEAS le ponéis al alma de Mola una túnica manchada de tomate?

—¿Si no era tomate!

—Pues ¿qué era?

—Sangre.

—¡Ah! No, es que tomate también tenía un rato el tío ladrón.

—¿Lo odias?

—¡Figúrate! Como que él es quien me ha muerto. Yo me comí a Sanjurjo y me sentó bien. Pero a la mitad de Mola le «parmao». De modo que no es que me hagan daño los generales. Es que ese tío veneno era insoportable. ¡Maldita sea su nariz! ¡Pero me las paga! Dentro de unos días voy a reencarnar.

—¿En gusano?

—No. En lombriz. Me gusta más. Pero voy a esperar a que reencarne Mola. Y me meto en su tripita, ¡por éstas! Haré méritos y me ascenderán a solitaria. Y me lo comeré por dentro. Mi venganza será horrible...

—¿Y si te echa con leche?

—¿Cómo?

—¡Ah! Pero ¿no lo sabes? A los que tienen la solitaria se les pone junto a la boca abierta, una olla de leche caliente, humeante. Al olor, la solitaria asoma la cabeza por la boca del paciente. Entonces se tira de ella y ya está curado.

—Eso te lo ha contado el ex director de NO VEAS. ¿Qué curación ni qué leche! El que tiene la solitaria es como el que tiene la nuez saliente: «pa» los restos. Te digo que mi venganza será horrible. Durará tres encarnaciones.

—¿Se habrá acabado para entonces la guerra?

—¡Ah! Pero ¿hay guerra?

—Tú eres un gusano de la Sociedad de Naciones, querido.

—No andas descaminado. He comido chisteras en Ginebra. Tengo una historia larga. Primero he sido gusano de fruta. Luego, de queso. Me he comido muy buenos muertos y procedo de noble familia. Un abuelo mío comió del Gran Capitán. ¡Yo hubiera hecho carrera si no me sienta mal Mola!

Abatió su cabecita, que en aquel momento resplandecía con una pequeña aureola.

—Pareces una luciérnaga.

—Una tía de mi madre era luciérnaga. Hemos brillado mucho en sociedad. Ultimamente, un hermanito que todavía me vive se prepara para gusano de seda. Desde este mundo procuraré ayudarle... ¡Me voy! ¡Me voy corriendo, digo, volando! Allá arriba, en el cielo de Miciano, se prepara la reencarnación de Mola. No quiero desperdiciar la ocasión...

—¡Salud, gusanito!

—Salud. Y ya sabes dónde estoy. Si te sientes morir, ponte en trance y llámame. Acudiré y te daré recomendación para unos gusanos del Este. Te empezarán a comer por las orejas, que es por donde más gusto da. Lo mismo digo si tienes interés por algún «hambre»...

CAO HORRO

(Médium.)

Ayuntamiento de Madrid







Las grandes entrevistas de  
NO VEAS

Queipo de Llano dice a nuestro colaborador... Bueno, lean ustedes lo que dice

Antes de mi partida para el país de los salvajes (como Magallanes) procuré adoptar mi fisonomía y mi personalidad de manera que me hiciera pasar por un corresponsal del «No Veas the Angland», periódico de los más leídos en Escocia.

Unas abluciones en agua oxigenada, administradas concienzudamente en mis cabellos por mi hermana la pequeña; una pipa «Parker» y dos ejemplares del «The Times» asomando ligeramente por ambos bolsillos de mi americana, bastaron para mi mutación.

Cuando nuestro director me preguntó, momentos antes de partir, si sabía algo de inglés, le espeté un «All right» que le dejó boquiabierto. A su primo Fernando, también.

\*\*\*

Nada más atracar al muelle el paquebote «Sumenduna», que me conducía, me apresuré a bajarme de él y a buscar intermediario que me hiciera llegar hasta el despacho del preclaro autor del «Manual para asesinar niños robustos».

No me fué difícil.

A un grupo de falangistas que, en unión de dieciocho alemanes, se entretenían en grabar con un cortafío la tabla de logaritmos sobre la espalda de un individuo, le interrogué hacia dónde caía Queipo de Llano, autor de la novela «¿Quiere usted asesinar un anciano con alevosía?»

—Deuschateltk von kaustehakels!—me contestaron.

Ya. Esto quería decir: «Tirando hacia la derecha, junto a unos olivos.»

\*\*\*

—Corresponsal del «No Veas the Angland», dos pasos al frente!

Introdujeron mis cabellos rubios en una habitación. Al fondo de ella vislumbré dos líneas de pelo que se separaban en opuestas direcciones.

Con voz aguardentosa se me requirió:

—¿Sientese el corresponsal y dígame lo que desea! ¿Un poco de ron?

—To be or not to be (No bebo)—contesté.

Y comprendí que las dos líneas de pelo eran de la exclusiva propiedad de los bigotes de Queipo de Llano (inclito autor de «Compendio para asesinar mujeres antifascistas»).

Comencé mi interrogatorio:

—Y have not banat molkestone, got sale the kit to lube?

—pregunté después de haberme sentado en un butaca con incrustaciones de marta noruega.

El señor de los bigotes contestó inmediatamente con el cinismo que se necesita para entender mi inglés:

—Yo, la verdad, tengo bastante odio a los gubernamentales desde que un día, en Madrid, un camarero me vertió toda una taza de café en el pantalón. Al día siguiente no se contentó con verterme la taza, sino que llamó a su compañero, y entre los dos me hicieron migas el pernil izquierdo. Además, mi sereno no acudía ninguna noche que le requiera hasta las dos horas de forrarme a dar palmas, como si estuviera en un estreno de Pemán.

Estas han sido, aparte de otras de poca monta, las cau-



sas de sublevarme contra el Poder legítimo. ¿Un poco de cazalla?

—To be or not to be (?).

(Como se verá, seguí decidido a encalomarle mi inglés.)

Y seguí preguntando:

—Home swets home boot the ve all folkes it harat?

—Desde luego—me contestó—. Yo ganaré la guerra. Benito a mí me lo ha prometido. ¿Manzanilla o jerez?

—The ar ve ooh vi stker?

—volví a preguntar, despreciando el ofrecimiento.

Convencido de que en aquella tesitura no lograría dar fin a mi entrevista con el soberbio autor de «Efectos de la trilita en las mujeres embarazadas», resolví hacerle mi última pregunta:

—Five o clow teat be?

—¡Ah! Esa pregunta la esperaba. El régimen que imperará en España cuando yo gane la guerra será el que a mí me dé la gana. ¡Ea! Y nada más. ¡Bueno! Desde luego, contando con Benito y Adolfo. Benito y Adolfo, buenos chicos. Me han prometido traerme un barril de vino de Calabria y una caja de botellas del Rin. ¿Ron, cazalla, manzanilla, corriente?

Me levanté rauda, con los ojos inyectados en cólera.

Al retornar al «Sumenduna» vi a un alemán comerse una maceta de claveles.

Llegué al barco y me puse a escribir jugueteando con un salvavidas, en el que se leía: «Sumenduna» PAQUEBOTE.

H. JONES

(Inglés de plantilla.)





## UN TIO DE UNA VEZ

EL DOMADOR  
DE OBUSES

Casos raros de éstos los da nuestro pueblo a cada paso. No en balde ha tenido que escuchar durante años y años las piezas oratorias de nuestros picos de oro; que leer folletos literarios de los que se prohibía la reproducción, y que fumar tabaco de 70. (¡Y de 30! ¡Qué infamia!)

Y, claro, como ahora nuestro NO VEAS es la revista de mayor circulación en todas las Españas (nos comunican que en Burgos pagan los intérpretes a peso de oro para que se la lean a los alemanes e italianos que llenan la ciudad), pues todos caen por aquí y nos asedian con sus casos, a mí me tenemos dicho al conserje que no estamos para perder el tiempo.

El otro día oímos por la escalera un horrisono estruendo. Creíamos que ha-



CALLOFO

bia estallado algún paquete de los que llevaban al correo, cuando se abrió nuestra puerta de par en par. Un tío tremendo la había empujado como si fuera un papel de fumar, y estaba vociferando allí como un energúmeno.

—¿Qué se le ofrece?

¡Casi nada! El tío era domador de obuses, según nos juró por su madre, y venía a hacer unos experimentos ante nosotros para que le hiciéramos una informacioncita.

—¡No me moleste usted! ¡Ya le creemos! ¡Basta su palabra!—le dijimos.

Pero sí, sí. El tío estaba ya sacando sus proyectiles del diez y medio de los bolsillos y poniéndolos sobre la mesa. Luego extrajo del pantalón un enorme imán, lo limpió con el pañuelo, tosió y dijo:

—¡Ahora van a ver ustedes la maravilla de las maravillas, el invento que acabará con todas las guerras,

el ejercicio que me hará rico y famoso en este mundo... y en el otro!

No le dejamos hablar más.



—A ver, ¿en qué consiste su invención?

—¡Ah! ¡Esto es muy importante! Yo coloco mi imán mágico en el sitio donde se quiera localizar a los obuses, le pongo guardando un ángulo de 90 grados, le afianzo bien, le doy



fuerza magnética y ¡a dormir tranquilo! Todos los obuses que los del Control suelten sobre la ciudad irán a parar allí.

—Pero díganos: ¿cómo ha logrado usted perfeccionar su invento?

—Muy sencillo. Es una labor de años y profundos estudios, pero que ha terminado por darme positivos resultados. Empecé con un imán pequeño atrayendo alfileres; me hice construir otro mayor, que sacaba de los bolsillos tijeras, relojes y otros objetos de metal (me hice más famoso que Lerroux); por fin hice uno gigantesco, que tuve que destruir en seguida porque en el primer experimento me traje un camión de bombas. Luego gradué, estudié, observé y logré construir el que aquí ve.

—Bueno, pues vamos al Cerro del Pimiento a hacer



el experimento (porque a nosotros no nos gana ni «C N T» a eso de hacer versos).

Yo no las tenía todas conmigo, y le hice subir al camión blindado de Altavoz del Frente, que suele estar aquí abajo para que le afinen la voz.

Bien. Llegamos al susodicho Cerro. El tío empezó a decir que le estábamos haciendo perder el tiempo; que había dejado el puesto solo—uno de pipas que tiene en Cuatro Caminos—. Por fin... ¡Prrrrraas!

Nada más colocar el imán cara al enemigo, un estruendo horrisono se vino encima. De un salto atrás nos salvamos de la hecatombe; cuando recobramos la tranquilidad y el seso, vimos que el tío yacía bajo una verdadera pirámide de carros, fusiles, ametralladoras, cañones, y otros efectos.

RENDUELEZ



NO VEAS



COMITE DE NO INTERVENCION



Estaba sacando punta al lápiz, uno de mis deportes favoritos, cuando me dijo, con voz de aguardiente de moras, ese cretino con barba que tengo por «superior»:

—Xilef, ¿por qué no te das una vueltecita por Ginebra?...

Envolví en un papel de estraza tres calzoncillos, dos calcetines, una caja de palillos para los dientes y un despertador, y, ¡hala!, a Ginebra, que lo dan tinto.

Este oficio mío es un asco: todo el mundo te conoce y te saluda, o te señalan con el dedo como si fueras un elefante o un hombre-anuncio...

Para evitar este inconveniente voy disfrazado esta vez de buzo con una escafandra color amarillo limón y una cesta de caramelos en el brazo. A las diez y media llego a Ginebra, hermoso puerto del Mediterráneo, a mano derecha según se va... La infancia me ama; todos los chavales de Ginebra, que son como los de aquí, con dos agujeritos en la nariz,

me siguen y tiran piedras... A las once—me entero—se reúne en sesión secreta el Comité de no intervención.

—Salud, portero—digo—. ¿Se reúne aquí el Comité de no intervención?

—Sí; pero no se puede pasar. (Esto me lo dice en vascuence.)

—Soy representante de los anuncios de Cachero!, para los dientes.

—Pase. (No se ha debido enterar de lo que he dicho.)

Me cuelo y escondo detrás de una cortina de damasco.

Llegan en fila india, haciendo el indio, graves, solemnes, con chistera y levitón, unos cuantos miembros. Van tan serios que dan el pego a cualquiera.

Se sientan y comienza la sesión...

No se entienden ni a la de tres:

—¿Está el representante de la U. R. S. S.?—pregunta una voz.

—No. A esta sesión no asiste—contesta otra.

Cada uno habla en su lengua, y terminan todos insultándose...

—Que hable uno.

—Uno solo...

—Callaos, orejas...

Por fin dice el más serio:

—Propongo que hablemos, tanto unos como otros, en sueco.

—¡Bien! ¡Bravo!...

Un reloj da las doce.

—Hombre, yo creo que debíamos comer.

—Sí, a comer.

Tililililinnn. (Entra el ujier.)

—Mira, vete en casa de Nemesio y di que traigan unas judías con chorizo.

—Y media de tinto.

—Pero de prisa, que estamos «abrumaos» de trabajo.

El mismo reloj da pausadamente la una.

—Se prolonga la sesión.

—Que traigan café.

—Media copa.

—A mí tú no me insultas...

—A la calle!... ¡Fuera!...

Todo se arregla, y se fuman un puro...

—Bueno; yo me voy: tengo que ir a hacer calceta.

—Bueno, hombre. Salud.

—Da recuerdos...

—¡Ah! Se me olvidaba... ¿Qué hay de lo de España?

—No sé... Mira: vente dentro de una semana y hablaremos despacio.

Y siguen hablando en sueco.

Y haciéndoselo.

No oí más; cogí el ascensor y bajé por las escaleras, y, en un vuelo, a Madrid... Llegué mareado del avión y de Ginebra...

XILEF

Una  
VISITA a lo  
que dicen  
que hay en  
Ginebra



# LOS PELMAZOS

1



2



3



4



GALLOFO

3



# CARTAS QUE SE han perdido ★



**MANUEL GONZALEZ DOMINGO, ALIAS "EL RIENZI", SE DIRIGE  
A UN ANTIGUO COFRADE SUYO, CARTERISTA Y LEVANTINO**

Querido «Virutas»: Me alegraré que al recibir de ésta te encuentres bien. Yo, como sabrás por la Radio, me encuentro con estos tíos "nacionalistas", que me han "dao" un cargo magnífico. No tengo más que denunciar a dos o tres de izquierdas diari-



mente, y con eso gano lo suficiente para que vivan mi mujer y los chicos de Granero, el Ataúlfo y el Juanito Pujol, a los que yo quiero como si fuesen míos. Tú ya sabes que yo siempre he sido un "padrazo". Lo que me extraña es que tú, trabajando como sabes hacerlo en las plataformas de los tranvías y afanando carteras como un maestro, no te hayas venido por aquí. Yo te puedo asegurar que todos los que trabajaron contigo y conmigo en nuestros primeros tiempos en el tranvía del Grao, son hoy aquí "personajes".

Juanito Pujol está aquí muy contento, pues todos los días puede matar a dos o tres obreros. Sustenta la teoría de que el obrero, para ser verdaderamente obrero, debe estar tuberculoso y sin ánimos para nada.

También el Víctor de la Serna está por aquí. No en balde es hijo de quien es, y hace cada «cabronada»... El otro día le quise "pisar" a Pujol un premio que ha ofrecido el "generalísimo" a la denuncia más concreta que se haga sobre un elemento de izquierdas.

Lo malo aquí es la competencia. Todos quieren "trabajar", y cuando se dedica uno a una cartera bien repleta, ya la han "di-quelao" dos o tres. Al que más envidia le tenemos todos es a Eugenio Montes; pero no creas que su suerte es tan buena como se dice, pues se asegura por aquí que tiene que "despachar" íntimamente con el Franco. En fin, chico, que se vive bastante mal, a pesar de todo. Echo mucho de menos las estafillas que hacía por ahí; pero ya veo que no funciona bien en Madrid, ni el Club Deportivo Galguero, ni se hace "Catch", ni se dan vueltas ciclistas a España. En fin: cuando termine esto, yo, que me cambiaré de nombre una vez más, veré a ver si puedo tender mis redes nuevamente en Madrid.

Aquí, la gente honrada lo está pasando bastante mal. No ganan dinero y no pueden apenas vivir.

Yo creo que podías venirte por mediación de alguna Embajada. Hay quien por dos mil pesetas saca de ahí al cardenal Segura. No seas tonto y venté, que la gente de nuestra calaña no puede vivir en un ambiente como éste, donde el trabajo parece que se ha "tomao" en serio. ¡Habrá pelmazos!

Recuerdos de mi mujer y de los chicos de mis más queridos amigos, y tú recibe un abrazo, sin que tengas necesidad de abrocharte, de tu «compí»

MANOLO.

## LAS CHICAS DE UN TALLER DE COSTURA MADRILEÑO DIRIGEN A VON FRANKO, POR MEDIO DE "NO VEAS", UNA CARTA, QUE NO SE HA PERDIDO

Señor don Franco.  
Muy señor de los moros y de nuestra desconsideración más distinguida: Por la presente tenemos el disgusto de comunicarle que, a partir de hoy, puede suspender sus hostilidades contra nosotras. Nos referimos a los abusos que a diario lanza contra este taller, a fin de irnos extinguiendo. Hasta hoy, usted ha hecho

bien en cañonearnos, por las siguientes razones:

1.ª Nosotras habíamos puesto nuestras máquinas de coser mirando para el Garabitas. Crea usted que lo hicimos sin darnos cuenta. No conocíamos la orientación de la casa, e ignorábamos cuál era el Norte, el Sur y el otro signo del Zodiaco. Pero ya las hemos variado.

2.ª Nosotras escupíamos todos los hilvanes de la costura en dirección a Burgos. Tampoco sabíamos que Burgos caía hacia el lado de esa pared. Pero ya nos lo

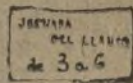


na aclarado nuestro responsable.

3.ª Confesamos que entre nosotras hay una chica que se llama Salustiana y que nosotras la decíamos «Salús», para ahorrar. Usted, que lo sabe todo por medio de sus espías, se habrá enterado de esto y creará que nosotras nos pasamos el día diciendo: «¡Salús!», «¡Salús!», para hacerle a usted de rabiar. No, señor Franco. Ahora la llamaremos Salustianitinita, pues ya ella está conforme; y

4.ª Nuestra «maestra», como dicen ustedes, tiene la costumbre de decir a cada paso: «¡Vamos, sé franca!», y puede que esto lo haya usted tomado como una alusión personal. Desde hoy dirá: «Sé Sociedad de Naciones y dime la verdad.»

Por las razones expuestas, entre Garabitas y Madrid se había entablado una dura batalla, en la que estábamos cayendo como italianos mujeres y niños indefensos. No



hacíamos más que rompernos la cabeza y llorar de tres a seis (que es nuestra jornada de llanto).

¿Por qué nos cañonean los extranjeros?

Al fin hemos dado con las causas. ¡Perdón, señor Franco! ¡Qué malas hemos sido con usted y sus amigos!... ¡Pero ha sido sin querer! Y, sobre todo, desde hoy le enseñamos el pañuelo de los moos en señal de paz. Si no está blanco del todo, es por falta de jabón. Y a propósito de sus amigos: dígalos a Bigotillo y Cabeza de Olla que se limpien, aunque sea con nuestro pañuelo de sonarse, que están de huevo de Colón. ¡Quedarse con la Cibeles! ¡Qué ricos! ¿Por qué no les frien un Comité de no intervención?

Antes tuertas que de usted afectísimas

LAS LEANDRAS  
DE CHAMBERÍ



## EN EL INFIERNO, por ALFARAZ



SATANAS. — ¡Que viene Mola! ¡¡Sálvese el que pueda!!